

ERRI DE LUCA

HORA PRIMA

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2011

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Traducción de Luis Rubio Morán sobre el original italiano *Ora prima*

© Erri de Luca, 1997

Primera edición en Edizioni Qiqajon, Comunità di Bose, Magnano (Bi)
Publicado por acuerdo con Susanna Zevi Agenzia Letteraria, Milán

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2011

García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563

ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1764-2

Depósito legal: S. 368-2011

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A., Salamanca

PRÓLOGO

Estas páginas no son fruto de insomnios, sino del tiempo ganado al sueño en la madrugada. Durante muchos años de mi vida de obrero, he hojeado las Escrituras sagradas en su original hebreo una hora antes de ir al trabajo. Me parecía que de ese modo asimilaba algo de cada nuevo día antes de que el cansancio me lo impidiese. Creo que he sido uno de los pocos obreros felices por levantarse de la cama un rato antes, pues esa hora primera era mi tesoro. Hoy, que ya no ejerzo mi profesión, mantengo tanto el hábito como el horario.

«Como un pastor rescata de la boca del león dos patas o la punta de una oreja, así serán rescatados del enemigo los hijos de Israel» (Am 3, 12). Este versículo del profeta Amós irritaba a mi querido amigo Sergio Quincio, porque le parecía que reducía

la salvación a unas sobras inservibles. A mí, en cambio, me ha proporcionado consuelo: esa migaja de un día devorado era señal de que no se perdía todo el tiempo que se me había confiado. El pastor de Amós se empeña en arrebatarse a la fiera aquellos pedazos porque tiene que explicar al dueño del rebaño la pérdida que ha sufrido: la oveja ha desaparecido no porque él se haya descuidado, sino por el ataque de un enemigo más fuerte contra el que ha tenido que luchar. La hora que yo he salvado del resto del día es el trozo de oreja o la pata que he conseguido preservar del desperdicio inexorable, devorador, del tiempo que se me ha confiado.

Cada mañana, con la cabeza despejada y serena, acojo las palabras sagradas. He llegado a entender que acogerlas no significa aferrarlas, sino ser alcanzado por ellas, estar tan tranquilo que me deje agitar por ellas, tan indiferente y sin planes personales previos que pueda recibirlos de ellas, tan soso que me deje salar por ellas. Así he hospedado en mi casa las palabras de la Escritura sagrada.

Devuelvo aquí, algo desordenadamente, una parte mínima del don que se me ha hecho al encontrarlas.

PARTICIPIO PRESENTE

No me considero ateo. Este término, de origen griego, está formado por la palabra «teo», Dios, y por el prefijo «a», que tiene un sentido privativo. El a-teo, pues, se priva de Dios, de la enorme posibilidad de admitirlo no tanto para sí mismo cuanto para los otros. Se excluye de la experiencia de vida de muchos. Dios no es una experiencia, no es demostrable, pero la vida de los que creen en él, la comunidad de los creyentes, sí es una experiencia. El ateo la juzga fruto de una ilusión y, de este modo, se niega a sí mismo la relación con una vasta parte de la humanidad. No soy ateo. Soy uno que no cree.

Creyente no es aquella persona que ha creído de una vez para siempre, sino aquella que, como denota este participio presente, renueva continuamente su credo. Admite la duda, se mueve en la cuerda floja de la ne-

gación a lo largo de su trayectoria. Y, es verdad, hay días en que el creyente cede, poco o mucho, porque esta es la apuesta más difícil entre todas las de la condición humana.

Soy uno que no cree. Todos los días me levanto bastante temprano y releo el hebreo del Antiguo Testamento con obstinación y como algo íntimo. Así aprendo. Siento que los trocitos que voy perdiendo en la rutina cotidiana me son restituidos por una palabra que lentamente sale al encuentro de mi inmovilidad y me conforta con su contenido. Todos los días me dispongo con la cabeza vacía ante las palabras hebreas, y me doy cuenta de la distancia abismal entre su sentido y aquello que consigo entender. En esta tarea permanezco como no creyente; soy alguien que lee las letras superficialmente e intenta traducirlas de algún modo, en estricta obediencia a esa superficie revelada.

Soy uno que no sabe responder, que no sabe dirigirse al libro y a su autor como a un tú. Y ahora que menciono este pronombre, tengo que hablar de Job, porque en su libro el «tú» es el punto culminante de la relación con Dios. Al final del libro se lee un largo discurso de Dios dirigido a Job. Y al término

de dicho discurso, Dios se dirige a uno de los amigos que han querido consolar al afligido y le dice así: «Estoy irritado contra ti y contra tus dos amigos, porque no habéis hablado bien de mí como lo ha hecho mi siervo Job» (42, 7). ¿En qué se han equivocado los amigos de Job cuando hablaban de Dios a su compañero? ¿Por qué no han hablado *nekoná*, «correctamente»? Han manifestado una profunda teología, se han esforzado por encajar el mal que padecía Job dentro de un proyecto divino de remuneraciones y de justicia, se han opuesto a las reclamaciones de su compañero y hasta le han reprochado que haya protestado contra Dios. Aun así, con todo ello lo que han conseguido ha sido excitar la cólera divina.

Job, que ha maldecido su nacimiento y ha empleado con Dios un tono blasfemo (cf. Job 7, 20: *nótzer Adám*, «carcelero del hombre», una caricatura sarcástica del *iótzer Adám*, «el que ha formado al hombre»), según el propio Dios, ha hablado *nekoná*, «correctamente». Porque él hace con Dios una cosa que ninguno de los otros ha hecho y que transforma todo su contencioso, aunque sea áspero, en algo correcto: se dirige a Dios como a un tú.

Se dirige a él con el pronombre de la cercanía, de la presencia, de la inmediatez. Lo hace súbitamente en el capítulo 7 del libro, con una invocación directa, abandonando los lamentos anteriores, con un tú imperativo, excitado e insolente: «Recuerda que mi vida es un soplo». Comienza aquí el «tú» del que se acerca a Dios, el «tú» frontal que lo aliviará y lo justificará. El «tú» es el único pronombre que se adapta al intercambio entre la criatura y el Creador, y Job lo encuentra en medio de la prueba, no contaba con él antes. El «tú» sería el salto del foso que sus compañeros reunidos a su alrededor no llegarán a dar en ningún momento del libro. Ellos permanecen en su trinchera segura, hablando *de* Dios en tercera persona, sin hablar nunca *con* Dios. Job lo hace, se mete en la boca del lobo, sale al campo abierto de la segunda persona, y por eso Dios se dirigirá a él con el discurso más largo de las Escrituras sagradas después del que pronunció en el Sinaí.

En el versículo siguiente al del reproche a los tres amigos, Dios dispone que, por no haber hablado *nekoná*, «correctamente» (se lo repite), deben ofrecer un sacrificio de ani-

males, y tienen que hacerlo por medio de Job, que aquí es para ellos como su sacerdote. Ellos, que no han usado el «tú» con Dios, que han hablado de él en tercera persona, tendrán que recurrir ahora a una tercera persona, a Job, para ofrecer a Dios el sacrificio de expiación.

Comento este episodio del «tú» en el libro de Job porque aquí reside, para mí, la profunda diferencia entre el que cree y el que no cree. El que cree habla a Dios de «tú», consiguiendo encontrar dentro de sí el verso, el grito o el susurro para dirigirse a él, el lugar, la iglesia, la casa o el campo, la hora para separarse de sí mismo y orientarse hacia el propio oriente (oriente, literalmente: lugar donde reconocer el propio origen, donde sentir de nuevo la pertenencia y el vínculo con el resto de la creación). El que, como yo, no cree, puede hablar de esto porque lo lee en las Escrituras sagradas, lo encuentra a su alrededor en la vida de los otros, de los creyentes, pero arrastra la distancia abismal de la tercera persona, que no es solamente lejanía, sino separación. Los tres amigos, e incluso el cuarto, Elihú, que en el fondo se suma a ellos, se equivocan

sobre Dios porque no se dirigen a él como creyentes, sino que hablan de él como abogados defensores de un cliente. Es verdad que toda la teología habla de Dios en tercera persona, pero posee y ejercita, en medio de sus racionamientos, el «tú» de la oración, mientras que los amigos de Job, ante el dolor, nunca se dirigen a Dios para pedirle ayuda, sino que siempre defienden la pena y el sufrimiento infligidos al amigo en nombre de una justicia infalible que no le alcanza por casualidad, y menos sin razón.

Para Dios, en cambio, hasta la blasfemia es un «tú» y no la imputa como culpa cuando explota en pleno dolor. Porque está escrito que Adán, el ser humano, es barro en manos de un alfarero que lo moldea y comparte con él la responsabilidad. Así lo expresa en síntesis un versículo de Isaías: «Con todo, Señor (*Yod*), tú eres nuestro padre, nosotros somos la arcilla, y tú el alfarero» (Is 64, 7). «Nuestro Padre», que no es un vocativo ni una exclamación, sino un acusativo: nosotros somos tus hijos, producto de tus manos, y si somos débiles, es porque tú nos has hecho así, de arcilla. Cuando esta arcilla se encuentra bajo la presión del dolor, se puede

permitir perfectamente usar el «tú» de Job: «Recuerda que me amasaste como arcilla y que al polvo me has de devolver» (Job 10, 9). ¿Qué podía esperar Dios de un objeto de barro, de un muñeco vivo?

Finalmente, he aprendido de las Escrituras Santas que no será la nada nuestro destino, nuestra suerte definitiva, porque seremos, sí, reducidos a polvo, pero no retrocederemos más allá de esta consistencia. Resistiremos como polvo en la materia impalpable que nos preservará de la nada. En estado de polvo cada soplo nos levantará, y cada gota de agua reanimará la vida en nosotros y la hará bullir de nuevo, para siempre, *leholam* en hebreo, que quiere decir «mientras dure el mundo».

ÍNDICE

| | |
|---|----|
| <i>Prólogo</i> | 5 |
| Participio presente | 7 |
| Albañiles | 15 |
| El último incorporado | 23 |
| Abrahán espera haber entendido bien | 27 |
| Los clientes de los sueños. Diálogo primero | 35 |
| El sueño | 49 |
| No codiciar | 53 |
| Con los brazos levantados | 57 |
| Estamos | 61 |
| La voz escrita | 65 |
| El hombre que revelaba sus secretos a las mujeres. Diálogo segundo | 69 |
| El derecho de la viña | 83 |
| <i>Immanu-el</i> | 87 |
| De quién depende el Mesías | 91 |
| <i>Yirushaláim</i> | 95 |

| | |
|--|-----|
| El derecho del hijo | 99 |
| Injerto | 103 |
| Plantar árboles | 107 |
| Anástasis | 111 |
| <i>Hesed</i> | 115 |
| Un muchacho osado. Diálogo tercero | 119 |
| El salmo de los asesinos | 133 |
| La mujer valiosa | 137 |
| Las pruebas | 141 |
| El agua de Jesús | 145 |
| <i>Epílogo</i> . Nave de destierro | 149 |